

# EL GRANO DEL ARPISTA

Joaquin GeDe



Joaquín Gede

## EL GRANO DEL ARPISTA

Relato Breve

# Capítulo 1

## EL GRANO DEL ARPISTA

Todo comenzó con un ligero comezón en el dorso de la mano. Raúl Elorriaga, el célebre concertista de arpa, parecía contrariado y con gesto de ansiedad, como tantas veces se encontraba ante la proximidad de un gran concierto. Con tal cercanía surgían las obsesiones y rarezas propias de un genio. Su virtuosismo llegaba a la perfección. Sus manos eran un prodigio de destreza y técnica nunca visto hasta ahora. La prensa y la crítica especializada lo veneraban como a un Dios. Sus actuaciones estaban tan solicitadas que las entradas se agotaban un año antes del recital.

Cada día, después de sus ensayos, se tocaba la mano cada vez más irritada. Entonces comenzaron los cambios de carácter. El prurito de su mano derecha era cada vez más intenso; le obligaba a rascarse sin parar. Al principio comenzó con una pequeña rojez, pero pasando los días el grano era su centro de atención. Este inconveniente no le impedía ensayar y seguir manejando los arpegios tan magistral como siempre. Se miraba en el espejo del salón, observaba su pose ante el arpa y solo veía un gran y enorme grano que le cubría toda su mano. Tenía vida propia, palpitaba con un corazón independiente. Tras la gravedad del asunto pensó en suspender el concierto, pero ni su agente ni el director del teatro lo consideraron oportuno. Además se debía a un contrato. Y la desazón inapreciable, según ellos, bien podía pasar desapercibida con un maquillaje.

Aproximándose la fecha del estreno, notaba como su grano crecía y crecía; incluso ya era más grande que su mano. Pensó en el concierto, en el estrepitoso fracaso, en esos pasos difíciles donde la destreza de sus dedos se pondría de manifiesto. El enorme grano chocaría contra las cuerdas, sonaría discordante y todo sería un desastre. Buscó la excusa para eludir la burla y la deshonra ante su público que tanto le había ensalzado. Recordó las últimas críticas elogiando el virtuosismo del que hacía gala y la magia de sus "endiabladas" manos.

El día de la actuación, cuando despertó vio que su mano había desaparecido bajo un grano: un volcán a punto de entrar en erupción. ¡Que me corten la mano! ¡Que me corten la mano!, suplicaba desesperado el arpista Raúl Elorriaga. Los huéspedes del Ritz que ocupaban la misma planta se asomaban al pasillo alarmados por los gritos. Su agente artístico, que siempre estaba pendiente, llamó por teléfono a recepción para que le enviaran al médico; preguntó a los curioso huéspedes asomados a la puerta si alguno era galeno de profesión, aunque parecían

tener cara de banqueros, unos; ejecutivos de paso, otros. Todos expectantes, asomados a la puerta de la habitación del famoso concertista, predispuestos en un intento de ayudar, pero más motivados por la curiosidad de cuanto sucedía, observaban. Más que un agente parecía su mayordomo, y su consejero terapeuta, y su paño de lágrimas. Con la mano dentro de la fuente de cristal con caviar de Kalix lo consolaba con esperanzadoras palabras. Al poco llegó el médico y detrás de él se colaron los curiosos, las camareras de planta, el electricista de guardia, una criada con un niño sujeto a un globo y un señor de levita tras un mostacho húngaro con habano encendido. Fue entonces cuando ocurrió: en el instante que el médico fue a sacarle la mano de la ensaladera de cristal, todos se arrimaron y, en esa contingencia, el señor del bigote tocó con el puro el globo del niño y... aquello explotó. Todos gritaron, cada uno en su tonalidad: -¡Oooh!

-¿Ya me la ha cortado, doctor? -decía el arpista.

-¡Explotó don Raúl, explotó el globo! -diagnosticó el galeno.

Y al sacar la mano de la fuente de cristal de caviar de Kalix, para asombro de don Raúl Elorriaga, el grano había desaparecido y la mano seguía unida a su brazo. El artista recibió una gran ovación solicitando un bis por parte del concurrido público y una mención especial para el señor médico.